

" PATRIMONIO CULTURAL "

3

A lo largo del millonario proceso de evolución de la vida en nuestro planeta, distinta ha sido la suerte que ha acompañado a las innumerables especies animales. Algunas de ellas, aparentemente superdotadas de fuerza y vigor como los saurios, no pudieron hacer frente a los cambios climáticos y de la flora; extinguiéndose y dejándonos tan solo faraónicas osamentas que llenan de estupefacción a los visitantes a museos de ciencias naturales. Otras en cambio, aparentemente desvalidas e indefensas como las cucarachas, han superado exitosamente las transformaciones del habitat y per-

sisten inmutables conviviendo con nosotros y desafiando a las aluviones de insecticidas. La supervivencia de las especies animales está condicionada a su capacidad de desarrollar modificaciones biológicas en sus organismos compatibles con las variables características del medio físico.

La presencia del homo habilis' cambia los términos de esta ecuación; un cerebro altamente desarrollado que dirige una mano multi-instrumental da lugar a la aparición de un nuevo contenido que se interpone entre la dualidad ser viviente-medio físico: la cultu-

ra. Instrumentos, recipientes, hábitos, alimentos procesados, habilidades y destrezas, sistemas de símbolos para captar y analizar la realidad, sistemas de símbolos para comunicar a sus semejantes experiencias externas y vivencias íntimas, normas organizadoras del comportamiento colectivo, sistemas de conocimiento para captar el mundo de lo perceptible y lo no perceptible, lenguajes para expresar las experiencias estéticas, concurren organizadas e integradas para conformar las colectividades, facilitar y enriquecer sus relaciones con el habitat, promover manifestaciones de su espíritu y hacer de ellas entes dotados de peculiaridades que las distinguen de las demás, y que proporcionan a los individuos refugio y seguridad para desarrollar sus facultades físicas y espirituales de manera equilibrada.

Las culturas creadas por el ser humano colectivo son diferentes ya que las respuestas varían de conformidad con las características de los medios físicos; por esta razón puede el hombre sobrevivir en el desierto y en la selva, en los hielos permanentes de los polos, en las alturas cercanas al cielo de los Andes, del Himalaya. Mas la creatividad humana no se limita a las respuestas que el medio incita puesto que en lugares similares ha desarrollado culturas diferentes. Propio del ser humano es su permanente insatisfacción, su insaciable curiosidad,

gracias a estas cualidades las culturas no se han dormido sobre sus laureles sino que han cambiado enriqueciéndose y recreándose. La necesidad de subsistir a costa de los demás o la gula de poder y riqueza han dado lugar a crueles enfrentamientos que en demasiadas ocasiones han culminado con la destrucción de culturas. Las culturas dejan huellas que como creaciones del hombre merecen respeto, sean estas productos de colectividades humanas desaparecidas, o manifestaciones de etapas superadas en el proceso de transformación de una cultura.

La temporalidad, o el ser-en-el-tiempo, por usar un feliz término de Martin Heidegger, es otra de las peculiaridades del hombre, vivimos a horcajadas en la dimensión tiempo, y quizás más exacto sería afirmar que el tiempo es un factor estructurador de nuestro espíritu. Los momentos de presentes que se suceden en nuestras existencias están cargados de pasado y grávidos de futuro, somos lo que somos como personas porque nuestro pasado individual ha ido conformando nuestra vida y porque el pasado colectivo ha llegado hasta nuestro ser a través de la permanente y cambiante cultura en la que nos cupo por fortuna o desventura incorporarnos. Muchos de nuestros actos, y ciertamente los más ricos en contenido, cobran sentido en función del futuro, de lo que luego del transcurrir del tiempo sucederá

dando vigencia a la expectativa.

Si queremos una existencia equilibrada, es preciso que como individuos y como colectividades tratemos de lograr una síntesis coherente entre pasado y futuro. Anclarse en el pasado, vivir de sus rentas y de la morosa o masoquista rememoración de sus grandezas o miserias, es renunciar a la posibilidad de crecimiento, es desperdiciar la creatividad que nos define como hombres. Vivir tan solo en función del futuro, renegar sin beneficio de inventario del pasado, calificar todo el proceso de la especie humana como lastre vergonzoso es correr el riesgo de lanzarse cual Ikaros a la conquista del sol equipado con inconsistentes alas de cera. Ni renunciar a crecer ni crecer sin raíces son buenas opciones ya que ambas se divorcian de la condición temporalizada del ser humano.

La cultura como instrumento transformador y conformador del hombre y su dimensión en-el-tiempo son dos premisas que he escogido para reflexionar acerca de la actitud que debemos asumir con relación a los bienes culturales que nuestros semejantes han acumulado a lo largo del tiempo, a ese patrimonio colectivo trabajosamente elaborado.

Se afirma, y con razón, que el hombre es y ha sido el más nocivo depredador de los animales; los ecologistas exhiben profundas

y extensas cicatrices que sus semejantes han dejado en la faz del planeta y anuncian la extinción de la vida si es que estas perversas prácticas persisten. Mas el hombre ha sido también un depredador de su propio patrimonio, de lo que su propia cultura u otras culturas han creado, sea mediante acciones directas de destrucción, o mediante actos de omisión e irresponsabilidad. ¿Porqué el ser humano destruye sus propias obras, o permite que ellas, inermes a la acción del tiempo y los elementos se destruyan? Por la supremacía de las pasiones en su comportamiento.

El etnocentrismo sería una de las pasiones que más daño ha causado al patrimonio de la humanidad, la pretensión, a veces pueril, de creer que nuestra cultura es la única verdadera, valedera o digna de sobrevivencia genera automáticamente actitudes de desprecio o irrespeto hacia otras culturas lo que, en el más leve de los casos, da lugar a comportamientos quemehimportistas con respecto a las manifestaciones de las colectividades "inferiores" o a campañas deliberadas de destrucción, cometiendo en nombre de la civilización etnocéntrica imperdonables actos de barbarie y auténticos cultoricidios. Este etnocentrismo puede darse también dentro de la propia cultura cuando alentados por una miope y chata idea de progreso se arremete contra las realizaciones del pasado sin el menor

sentido de respeto a quienes nos precedieron en el tiempo.

La codicia, que irracionaliza al hombre, es otra de las pasiones que incitan a la destrucción del patrimonio cultural. Aquellos para quienes el bien supremo es el dinero o miden el grado de realización del ser humano por la cantidad de riqueza material que han logrado acumular, niegan o disminuyen la importancia que tiene en la vida el espíritu hecho arte o cultura y lo sacrifican inmisericordemente a su gula enfermiza de riqueza. No vacilaron los conquistadores españoles en transformar en lingotes de oro preciosas obras en las que los indios americanos pusieron su creatividad y destreza, pues lo que contaba era el valor del metal. No vacila el insensible buscafortunas de nuestra época en echar al suelo una construcción cargada de historia para edificar en su lugar un repulsivo monumento al mal gusto, pues el único horizonte de su vida es el fajo de billetes que obtendrá y porque en su atrofiada alma no existe lugar para otro tipo de valor que no sea el económico.

El fanatismo, como pasión, conduce a comportamientos eminentemente destructivos, carente de razones para defender sus puntos de vista, el fanático manejado por sus vísceras se niega a discutir siquiera la posibilidad de que existan puntos de vista o aproximaciones a la verdad valederos

que en algún sentido difieran del suyo; por lo tanto, calificado como erróneo y maligno lo diferente, es preciso destruirlo pues lo falso se identifica con el mal y destruir el mal es hacer un bien. La destrucción de la biblioteca de Alejandría -el más importante centro de recolección escrita de la sabiduría del pasado- por parte de los musulmanes porque si contenía ideas que no coincidían con el Corán eran falsas y por lo tanto merecedoras del fuego o si contenía ideas coincidentes eran innecesarias, es un claro ejemplo de la acción depredadora de los bienes culturales a las que conduce el fanatismo de cualquier color o cualquier índole y que, lamentablemente, se ha repetido a lo largo de la historia con dolorosa frecuencia.

Estas pasiones, usan ropajes que pretenden recubrir de dignidad a lo indigno y de razón a lo irracional. El etnocentrista arremete contra las manifestaciones de otras culturas en nombre de la civilización, el codicioso destruye el patrimonio cultural del ser humano en aras del progreso y guiado por su sentido práctico; el fanático destroza lo que otros construyeron con espíritu y materia porque la verdad revelada por Dios o respaldada por la ciencia, califican como errónea o falsa esa obra.

La pasión elimina o deteriora seriamente la capacidad de razona-

miento del hombre, por lo tanto, cualquier agresión al patrimonio cultural, es un acto que contiene una alta dosis de miopía o irracionalidad.

Los países latinoamericanos hemos sido sistemáticamente víctimas de este tipo de agresión a nuestra cultura. El español, codicioso y fanatizado se lanzó a la destrucción de la cultura de los "infieles" inspirada en el "reino de las tinieblas". La justificación para la conquista, cuestionada por excepcionales hombres de visión como Vitoria y Suárez, y luego Las Casas y Montesinos, fue la conversión de los indios infieles, y convertirlos implicaba destruir sus culturas e incorporarlas a la del conquistador. Con piedras de los templos del Cuzco o de Ingapirca se construyeron templos católicos. A lo largo del perezoso decurrir de los siglos coloniales se conformó una nueva cultura mestiza y sincrética en la que se refugió el indígena, manteniendo vergonzantemente sus rasgos ancestrales con tenacidad y acrobacias de ingenio.

La emancipación política no cambió el panorama, el indio y sus culturas fueron igual o más duramente combatidos y despreciados y en los primeros decenios de la república no fueron escasas las voces que inculparon al indio del retraso, lo calificaron como lastre y pidieron o por lo menos insinuaron su eliminación. La fo-

bia contra lo indígena se extendió a lo español y la cultura conformada a lo largo de la colonia fue también objeto de agresión y compartió con lo indígena la condición de chivo expiatorio de los males y limitaciones de las nuevas repúblicas. Se buscó como alternativa para trazar el futuro de estos países, la destrucción y el despojamiento culturales y la construcción de nuevas patrias, copias lo más fieles posibles, de Francia o de algún otro país europeo. El aparato político y económico del estado se lanzó con bandera desplegada para alcanzar este propósito. García Moreno y Eloy Alfaro, en el caso del Ecuador, compartieron la idea de progreso a través de la educación, el uno valiéndose de la iglesia, el otro por los caminos del laicismo, pero ambos implantando modelos franceses sean de los hermanos de La Salle y las Religiosas de los Sagrados Corazones, o de los maestros laicos.

La revolución industrial hermanada a las doctrinas positivistas constituye un caso de los más notables de pérdida del equilibrio entre pasado y futuro de la sociedad humana. Descubiertos los secretos de la naturaleza mediante las ciencias, y aplicados sus principios a dominarla y someterla a los intereses y caprichos del ser humano, en un muy corto período de tiempo la escasez se eliminaría de la faz de la tierra, los bienes satisfactores de necesidades multi-

plicados por la eficacia de las máquinas llegarían generosos a todos los hombres anunciando y conformando el reino de la abundancia; un pasado de ignorancia, escasez y fanatismo tenía que ser sepultado y todas las energías de la sociedad debían proyectarse para acelerar el imperio de la abundancia.

En nuestros países subdesarrollados los ecos de la panacea de la industrialización que operaba milagros en el norte y en Europa agudizaron la persecución contra los valores culturales de nuestro pasado y alimentaron la poco feliz y deformada idea de unirse al carro de la victoria de Inglaterra, Francia, Alemania o los Estados Unidos, imitándolos mientras más exactamente mejor. El despojamiento de nuestra identidad fue parte de esta imitación, sin meditar que una renuncia al pasado pleno de grandezas y miserias no puede de ninguna manera servir de base para construir un futuro; nunca el roble o el nogal llegarán cerca del cielo si es que amputamos sus raíces. Los grupos detentadores del poder político y económico sintieron vergüenza de los contenidos indígenas y españoles de nuestra cultura, los ignoraron y desalentaron, y trataron de cubrir sus vergüenzas con ropajes europeos, adornando sus casas con atuendos de exóticos apelativos como Limoges, Steinway, Araques o Rossenthal.

Las desigualdades nunca vistas de la sociedad industrializada, el saqueo de los países desarrollados a los subdesarrollados -hoy revivido crudamente mediante el mecanismo de la deuda externa que obliga a los pobres de la tierra a ser exportadores de dólares para beneficio de los ricos- y la capacidad de matar refinada en la segunda guerra mundial, fundieron con su asfixiante calor las inconsistentes alas del Ikaró del desarrollo positivista y llevaron al hombre a rediseñar con más equilibrio la secuencia pasado-futuro de la vida humana.

En las últimas décadas ha ganado terreno una nueva visión de la cultura que se fundamenta en algunos criterios básicos: el debilitamiento de los prejuicios ligados a la superioridad racial y a la superioridad cultural; actitudes que facilitan la comprensión de otras culturas y la apreciación de sus realizaciones con los parámetros de ellas mismas y no de sistemas evaluadores extraños; afirmación de la identidad cultural como factor fundamental de la presencia de los pueblos; exaltación de las realizaciones del pasado plasmadas en monumentos, bienes muebles con valores estéticos o representativos de las formas de vida, y hábitos, costumbres y expresiones artísticas sobrevivientes; políticas tendientes a conservar, reconstruir y dignificar el patrimonio cultural de los pueblos.

No podemos hablar de un triunfo definitivo de esta nueva manera de entender la cultura y aproximarse al pasado; por lo menos han dejado de proyectar la imagen de excéntricos y candidatos al manicomio los defensores del patrimonio cultural y de la cultura popular, y se considera de mal gusto calificar de vejstorios inservibles u objetos y manifestaciones grotescas a las formas de expresión estética de los grupos indígenas y mestizos, aunque con gran frecuencia el pragmatismo -hoja de parra para ocultar la aversión a la cultura- no vacila en reducir a escombros importantes testimonios culturales del pasado.

Los conceptos identidad cultural y patrimonio cultural conviven y se refuerzan dentro de esta nueva manera de enfocar el proceso de desarrollo de las colectividades humanas dando lugar a la superación de aparentes antinomias hijas, no de contradicciones objetivas e insuperables, sino de apreciaciones subjetivas y segmentarias de los fenómenos sociales y humanos. Analicemos en forma rápida, y más bien en términos de enunciados que de análisis profundos algunas de estas aparentemente irreductibles dicotomías.

1. ¿Es posible el desarrollo de los pueblos y la permanencia de formas de vida del pasado que se las considera como fundamentales para mantener la identidad cultural?, o en otros térmi-

nos: ¿el desarrollo de los pueblos no lleva necesariamente a un proceso de homogenización y por lo tanto al debilitamiento y eliminación de la identidad de las culturas?

Si se identifica desarrollo con crecimiento económico explicitado en cifras como incremento de la renta per-cápita o producto interno bruto, es posible que identidad cultural y desarrollo no sean compatibles. Si se entiende desarrollo como un mejoramiento integral de las condiciones de vida de una colectividad, identidad cultural y desarrollo son perfecta, y me atrevería a decir, necesariamente compatibles; nadie discute que el crecimiento de la economía, siempre que vaya acompañado de un sistema distributivo que beneficie a todos y no se concentre en un grupo minúsculo, es fundamental para el desarrollo, pero éste sólo cumplirá con su finalidad si es que posibilita un auténtico crecimiento cultural en el sentido extensivo, es decir tornando la cultura accesible a todos los integrantes de la colectividad e intensivo en lo que tiene que ver con profundización. La intensificación de la cultura no se consigue mediante imposiciones deliberadas o inconscientes, impúdicas o subliminales de otros sistemas culturales, sino a través de la búsqueda de posibilidades de la cultura de cada pueblo, de la afirmación

de los valores propios que han servido de matriz al hombre-cultura. Si el objeto del desarrollo de los pueblos es el mejoramiento integral de las formas de vida, la afirmación de la identidad no puede excluirse de un auténtico y bien intencionado proceso de desarrollo.

- 10
2. ¿Constituye la preservación de los bienes culturales un obstáculo para el progreso?

Las culturas se caracterizan por su dinámica y por su capacidad de cambio, de manera que una acertada política de preservación de los bienes culturales no se opone de manera alguna a la incorporación de los útiles de la civilización universal para mejorar las condiciones de vida de los pueblos. Todo ciudadano tiene derecho a gozar de avances científicos y tecnológicos como medicamentos y vacunas, energía eléctrica, agua potable, etc., pero la presencia de estos nuevos inventos del hombre no tiene por qué ir acompañada de la destrucción sistemática e iconoclasta de los bienes tradicionales de la cultura. No es incompatible la coexistencia de monumentos arquitectónicos del pasado con la energía eléctrica ni de técnicas artesanales tradicionales con las vacunas. El gran interés que existe en nuestros días por la medicina natural, es un claro ejemplo de cómo ella puede

coexistir cómodamente con la medicina académica científica.

- 3.- ¿Pueden coexistir manifestaciones de la cultura tradicional con manifestaciones de otras culturas, o de las culturas académicas y elitistas?

El gran pecado de la cultura académica elitista fue negar espacio en el mundo cultural a las manifestaciones populares, hacer de ellas sinónimo de grosería e incultura, combatir las y desalentarlas. La dignificación y aprecio por la cultura tradicional y popular no puede ni debe cometer el mismo error, es decir negar y agredir a las manifestaciones culturales provenientes de otros pueblos o de formas de la creatividad humana hijas de ideas y procesos teóricos modernos. Si el admirador de Beethoven en el siglo pasado despreciaba la música vernacular de los indios, no podemos asumir una actitud similar, es decir despreciar a Beethoven o Stokhausen para exaltar la música popular; ambas son manifestaciones legítimas de la creatividad humana y ambas merecen respeto. Si necio fue destruir físicamente obras mediante las cuales el pueblo expresaba sus vivencias estéticas, igualmente necio sería destruir obras nacidas del ingenio o del genio de grandes maestros de la pintura, la escultura o la arquitectura. La preservación de los bienes culturales

se fundamenta en el respeto que merecen todas las expresiones estéticas del ser humano, y no solamente una parte de ellas, en consecuencia no hay porqué ligar a los amantes de la cultura popular tradicional con el rechazo o el odio de la cultura académica o elitista. No son pocos los casos en que artistas académicos se hayan inspirado en manifestaciones populares a las que respetaron y comprendieron. La influencia del arte africano, especialmente de las máscaras calificadas como salvajes y primitivas por sabios críticos, en la revolución pictórica de Pablo Picasso es un ejemplo contundente de lo dicho como lo fue el aporte de la música popular húngara en la revolución iniciada por Bela Bartok en este campo.

4.- ¿La preservación de los bienes culturales conduce a la perpetuación de la pobreza?

Preservar bienes del pasado es oponerse al adelanto de los pueblos y en consecuencia perpetuar la miseria, es uno de los argumentos que esgrimen los enemigos de la cultura, o quienes consideran que sus economías se encuentran afectadas por las normas reguladoras del patrimonio cultural; destruir una casa con evidentes valores culturales para construir una portavianda de cemento armado, consideran los interesados como una acción progresista, y

mantenerla como un acto retardatorio y perjudicial para la comunidad. En realidad el problema de la pobreza es fundamentalmente un problema de distribución inadecuada de la riqueza, mientras el incremento de riqueza siga la pauta tradicional de acumularse en proporciones cada vez más gigantescas en unas pocas manos, la lucha contra la pobreza está perdida. La preservación de los bienes culturales en nada afecta a la distribución de la riqueza y beneficia a las grandes mayorías, ya que no siendo estos bienes de uso particular, el alimento cultural que ellos irradian están a disposición de todos.

En definitiva, es perfectamente compatible una política progresista en los campos científico, tecnológico y social con la preservación y reconstrucción de los bienes culturales, más aún los avances científicos y tecnológicos pueden contribuir a alcanzar un mayor grado de eficacia en las acciones conservadoras y preservadoras de cultura. Es indispensable defender el patrimonio cultural si queremos que el equilibrio permanezca en los procesos de cambio que indefectiblemente tienen que darse en los pueblos, renunciar al patrimonio cultural es pretender convertir a las colectividades humanas en entes carentes de alma, desprotegidos y desenraizados. Si afirmamos que uno de los derechos esenciales del pueblo es el derecho a la

cultura, debemos entender como derecho a su cultura y a las conquistas del ser humano universal, y no solamente como derecho a una de las manifestaciones.

A diferencia de los monumentos arquitectónicos, que son obras concluidas en el tiempo, las artesanías y el arte popular son entes vivientes con vigencia real en el presente, no se trata de productos terminados cuya salvación radica en su incorporación en un museo, sino de habilidades, destrezas, tecnologías y concepciones estéticas, o cosmovisiones e ideas religiosas que concurren en amplios sectores de la población y se explicitan en la elaboración de piezas de artesanía en las que lo bello y lo útil no se han divorciado, en la interpretación de músicas y danzas adornadas con vestuarios de alucinante belleza, en las leyendas que sobreviven en la memoria de la comunidad, en las formas de celebrar los hechos importantes de la vida.

La preservación de estas manifestaciones del patrimonio cultural de los pueblos requiere de acciones y políticas diferentes, no se trata de evitar que se consume la destrucción de algo que hecho en el pasado ha resistido la acción depredadora del tiempo como una pieza arqueológica o un monumento, sino de velar por la subsistencia de algo que convive con formas de vida diferentes y que tienen la pretensión de ser supe-

riores en todo sentido a las populares tradicionales y que en muchos casos son mecanismos de satisfacer necesidades más prácticos y funcionales. Si bien el plástico, desde el punto de vista estético se encuentra a años luz de la cerámica, no podemos negar que en términos prácticos la supera ampliamente.

Es necesario destacar la necesidad de estructurar una política de defensa del patrimonio cultural integral y coherente, que incluya todas las manifestaciones de este fascinante universo, y no se identifique o priorice alguna o algunas áreas en mengua de las demás. Es deseable no identificar patrimonio cultural con pasado, sino insertarlo en el presente y en el futuro en la medida de que lo que somos y seremos solo alcanza solidez si es que se vincula con lo que fuimos como cultura, y las artesanías y el arte popular físicamente son expresiones presentes y futuras de un rico pasado.

Es preciso tomar plena conciencia de que si bien es necesario un adecuado aparato jurídico para preservar el patrimonio cultural, no se encuentra allí la panacea; no hay que dar tregua a la lucha por crear conciencia en todo ciudadano de la importancia que tiene el respeto por los bienes culturales del pasado, de lo deleznable de las falacias de quienes se empeñan en destruirlo. El día en que cada ciudadano, o la inmensa mayoría de

ellos se convierta en un celoso guardián de su cultura estará garantizada la permanencia de nuestro patrimonio y todos los intereses egoístas se estrellarán contra esta imbatible muralla.

Es deseable que en esta tarea los recursos dispersos se junten para legar a las generaciones que nos sucederán un país con perso-

nalidad, respetado y respetable no por el número de sus aviones de guerra o sus fusiles, sino por la abundancia de sus realizaciones espirituales exhibidas con orgullo, por la conciencia de un pueblo que sienta vergüenza de la vergüenza que algunos de nuestros antepasados tenían de nuestras manifestaciones culturales vernaculares y populares. ●



V FEABRA

Parque Recreativo de Brasília 19 e 20 de setembro de 1987
I Festival Latino Americano de Arte e Cultura



Apoio: MTb PNDa · MINTER SUDECO · MIC · SESC
Administração do Parque da Cidade

Participação: Associações de Artesãos do DF · GIA · LBA · SESI DN DR
CENEC · C. do Ceará · Fund. Maria do Barro · Secret. do Trabalho do DF